

gio de nuestra tribulación; bien venido, Premio de nuestra expectación.» (1)

18. Véase aquí, en breves palabras, la necesidad que tenemos todos los cristianos de recibir dignamente la sagrada Eucaristía, ya haciendo á su tiempo y con la preparación debida *la primera Comunión*, ya comulgando en la iglesia parroquial *por tiempo de Pascua*, ya en nuestras enfermedades *por modo de Viático*.

Todo esto es preciso y de grandísimo interés práctico. ¡Bienaventurada el alma que así lo practica con puntualidad, devoción y amor! ¡Desdichada la que en ello fuere remisa, indevota y deje de cumplirlo! ¿Dónde hay mayor infelicidad que alejarse de la Mesa eucarística y tener como insípido y de ningún valor el Pan de los ángeles? Por el contrario, ¿dónde hay mayor consuelo, mayor regocijo y dicha mayor que vernos admitidos á la mesa de Jesucristo, recibirle en nuestros corazones y quedar como identificados con El en lazo perpetuo de tierno, dulce y suavísimo amor? Sobre todo, en las tribulaciones de la enfermedad y en las angustias de la agonía, ¿dónde hay mayor gozo? El pasado, el presente y el porvenir se ofrecen á la pobre alma, juntamente con el juicio y con la eternidad; mas recibiendo al Dios de la vida, no teme la muerte, ni el juicio, ni el infierno, sino que exclama con San Pablo: *Para mí la muerte es una ventaja* (2); y si alguno le indica que se aproxima la hora, repite con David: *Regocíjase mi espíritu con lo que me anuncian: iremos á la casa del Señor... Cantaré eternamente sus misericordias* (3).

(1) Dauroit, cap. V, tít. XIII, ex 1.—Nadasi, in anno Eucharistico.

(2) Mihi mori lucrum... (Phillip., I, 21.)

(3) Laetatus sum in iis quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. (CXXI, 1.) Misericordias Domini in aeternum cantabo.

CAPÍTULO XXX

De la Comunión frecuente.

1. Decretos sobre el número de comuniones.—**2.** Espíritu y deseos de la Iglesia.—**3.** No ha de contentarse el cristiano con la Comunión pascual.

HÉESE en el Catecismo del Santo Concilio de Trento (parte II, cap. IV. n. 61), que en los principios del Cristianismo comulgaban los fieles *cada día* (1); porque entonces todos ardían en caridad verdadera y estaban bien preparados. Después, aumentados los fieles y disminuida la santidad, fué establecido, en el siglo VI, que todos los fieles comulgaran *los domingos*, á no impedirlo algún pecado grave. (Capitular, lib. VI, cap. IX). Más tarde, la caridad se entibió en los corazones cristianos de tal modo, que el Papa San Fabián mandó que todos recibiesen la sagrada Eucaristía á lo menos *tres veces al año*. Por último, llegó á tal extremo la ingratitud y desamor de los hombres para con el Señor sacramentado, que muchos pasaban *¡años enteros!* sin acercarse á la sagrada Mesa, lo cual hizo que la Iglesia, nuestra Madre, en el Concilio de Letrán, decretara que todos los fieles habían de comulgar *por lo menos UNA VEZ CADA AÑO POR PASCUA*, bajo pena de ser expulsados de la Iglesia.

2. Esto último es *lo menos* que puede hacer un cristiano para no ser reo de condenación eterna; pero entiéndase que el corazón amoroso de Jesús quiere otra cosa; quiere que nos unamos á él por la Comunión sagrada, repitiéndola muchas veces en el año; quiere que tengamos vehementes deseos de comulgar en toda hora y en todo momento; quiere que estemos siempre preparados para reci-

(1) Consta de los *Hechos de los Apóstoles*, cap. II. Ciertamente es que la Comunión, y también la cotidiana, fué siempre muy del agrado de la Iglesia, y consta del Santo Concilio Tridentino, sess., 22, c. 6, y también del decreto de Inocencio XI, año de 1679. Por Comunión frecuente, en sentido estricto, entiende S. Ligorio la que se hace entre semana aun sin previa confesión.

birle en nuestro corazón; y este deseo de nuestro divino Salvador es de tal importancia, que el *santo Concilio de Trento amonesta con afecto paternal, y exhorta, ruega y suplica, por las entrañas misericordiosas de Dios nuestro Señor, que todos y cada uno de cuantos llevan el nombre de cristianos... acordándose del amor tan extremado de Cristo nuestro Señor, que dió su amada vida en precio de nuestra salvación, y su carne para que nos sirva de alimento, crean y veneren estos sagrados misterios de su cuerpo y de su sangre, con fe tan constante y firme, con tal devoción de ánimo, y con tal piedad y reverencia, que puedan recibir FRECUENTEMENTE aquel Pan sobresubstancial, para vida de sus almas y salud perpetua de su entendimiento.* (Sess. 13, c. 8.)

3. Esto dice el sagrado Concilio, y nadie que estime en algo la mayor gloria de Dios, el deseo de Jesucristo, la exhortación de la Iglesia y la perfección de su alma debe contentarse con la *Comunión anual*, pues esto implica falta de ardor en el espíritu, y descuido en su aprovechamiento espiritual; implica, si no desprecio, á lo menos olvido de la soberana majestad de Jesús sacramentado, víctima de nuestro amor y que nada quiere sino hacernos eternamente felices por la digna y frecuente recepción del Santísimo Sacramento. ¡Bendito sea el Señor, que así nos honorifica y engrandece!

Acuérdese todo cristiano que á los israelitas, cuando en el desierto llegaron á tener desgana del *mandé*, el Señor es envió en castigo serpientes de fuego para devorarlos. Si esto aconteció en figura de la Eucaristía, ¿qué hará el Señor Dios con los cristianos tibios que, engolfados en los negocios mundanales, han perdido el apetito del maná celestial y no desean alimentarse con el Sacramento eucarístico algunas veces en el año y tal vez ni aun en el tiempo pascual? ¿Habrá exageración en decir que el Señor les ha de enviar serpientes infernales, ardiendo en concupiscencias, para devorar sus almas aun en esta vida terrena?

Mas dejando esto á la piadosa consideración del que leyere, es nuestro propósito declarar ahora dos cosas:

- 1.^a **Cuán importante sea á todos los cristianos la Comunión frecuente.**
- 2.^a **Cuál haya de ser esta frecuencia en cada uno de los cristianos.**

§ I

DE CUÁN IMPORTANTE SEA LA COMUNIÓN FRECUENTE

4. Error jansenista.—5. Primer motivo que nos induce á comu'gar con frecuencia.—6. Promesas y amenazas de Jesucristo.—7. Segundo y tercer motivos.—8. Exhortaciones de los Santos y Padres de la Iglesia.—9. San Francisco de Sales.—10. Ejemplos de los Santos.—11. La Comunión frecuente no disminuye la reverencia.

4. Cuestión importante es la que ahora vamos á considerar. Trátase de inquirir *si es conveniente* que los fieles cristianos comulguen con frecuencia, *ya semanalmente, ya varias veces en semana ó ya todos los días*. No han faltado jansenistas antiguos y modernos que han reprobado la Comunión frecuente, fundándose en la gran reverencia que merece el Santísimo Sacramento, en la indignidad del hombre para recibirle y en que no conviene familiarizarse con tan augusto misterio, porque no caiga en desestima y sea poco venerado. Error funesto que se hizo muy común entre los cristianos tibios ó poco instruídos en la vida espiritual, y forzoso es hacerles comprender á ellos y á todos sus imitadores su falso celo por la veneración eucarística, y que es CONVENIENTÍSIMA la frecuente recepción de la divina Eucaristía.

5. Muchos y muy poderosos son los motivos que lo evidencian, siendo el primero *la voluntad de Jesucristo y el amor con que nos invita á que le recibamos sacramentado. Venid á mí, comed mi Pan y bebed mi vino* (1). *Con deseo he deseado comer la Pascua con vosotros.* (Luc., XXII, 15.) *Mi Cuerpo es verdadera comida... tomad y comed; este es mi Cuerpo...* (Matth., XXVI, 26.)—Repárese bien—dice á este propósito San Agustín;—instituye Jesús el Sacramento como un manjar, en forma de comida y bebida, para hacernos comprender que es un alimento que debemos usar con frecuencia: *Tomadle—añade el Santo—tantas veces como pueda seros útil; si todos los días os aprovecha, tomadlo cada día* (2).

Verdaderamente, todos los días rezamos el Padrenuestro, y cuando decimos á Dios: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, ¿qué otra cosa rogamus sino que nos dé principalmente el Pan eu-

(1) Venite, comedite panem meum, et bibite vinum. (Prov., IX, 5.)

(2) Accipe quótidie, quod quotidie tibi prosit. (S. August., De coelest. vita.)

carístico? En esto sin duda se fundaba San Ambrosio cuando dijo á los fieles de su tiempo: «¡Pues qué! Si este Sacramento es pan, y el pan constituye el alimento de cada día, ¿será bastante recibirle cada año?» (1).

¡Oh pobres hombres! ¡Cuánto deliráis cuando dejáis de recibir con frecuencia el Santísimo Sacramento! ¡Qué dignos sois de lastima! Vosotros tenéis un cuerpo en que idolatráis, un cuerpo que pronto será pasto de gusanos, un cuerpo que vale mucho menos que el alma, y á este cuerpo le alimentáis cada día, con gran delicadeza: todo os parece poco; ¡y en tanto á la pobre alma, que necesita su alimento, que necesita á Dios y sin Dios no puede vivir, no la alimentáis con el Pan eucarístico! ¿Hay, por ventura, juicio en vuestras cabezas? ¿Osaréis llamaros cristianos, cuando así pensáis?

6. El amor de Jesucristo hacia nosotros no puede sufrir tanta infelicidad, y por eso su Corazón divino, invitándonos á comulgar acompaña dulces promesas, diciendo: *Yo soy el Pan de la vida, Pan descendido del cielo, para que el que comiere de él no muera. El que comiere de este Pan vivirá eternamente.* (Joann, VI.) ¡Qué promesa! ¡Y sin embargo, los hombres rehúsan comulgar! ¿Dónde está su fe? ¿Dónde su cristiandad? ¿Dónde su cordura?

Pero aún fué más adelante el amor del Corazón de Jesús, pues, cual si tuviera ansias infinitas de unirnos á Él por la sagrada Eucaristía, y cual si nos necesitara para algo, conmina con terrible pena á todos los que rehúsen recibirle, diciendo con juramento: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros.* (Joann., VI, 54.) Es decir, que Jesús amenaza con el infierno á todos los que se nieguen á comulgar. Él no determina cuál haya de ser la frecuencia, mas por Él habla su Iglesia, eco infalible de su divina palabra, y esto basta. ¿Qué dice la Iglesia?

7. He aquí un segundo motivo para que comulguemos frecuentemente: *la voz de la Iglesia.* Ya lo hemos indicado arriba, y ahora es ocasión de repetirlo. Los primeros cristianos comulgaban cada día. En el siglo VI fué mandado que todos los fieles lo hicieran cada semana (2). El santo Concilio de Trento exhorta encarecidísimamente que se haga con frecuencia; las almas devotas en todos los

(1) Si panis est, si quotidianus est, quomodo illum post annum sumis? (S. Ambrosio Lib. V, *De Sacram.*, cap. IV.)

(2) Statutum ut fideles omnes singulis dominicis communicarent, nisi criminali peccato et manifesto impediretur. (*Capitular*, lib. VI, cap. XVII.) Véase Scavini.

siglos han comulgado á menudo, y los verdaderos cristianos que hoy existen hacen lo mismo, con grande regocijo de los Prelados y de los sacerdotes, quienes nada desean más que ver concurridos los convites eucarísticos. ¿Quién hay que se tenga por buen cristiano y huya del comulgatorio?

Por eso es un tercer motivo las exhortaciones y ejemplos de los Santos y de los Padres de la Iglesia. Oigamos á algunos de ellos. Sea el primero Santo Tomás de Villanueva (serm. 1.º, *in Fest. Corp. Christi*), quien, hablando á los que comulgan de tarde en tarde, dice así: «Considerad ¡oh cristianos! vuestra desidia: alimentáis vuestro cuerpo varias veces al día, y á vuestra pobre alma, necesitada y combatida por las miserias de esta vida, os descuidáis en darla el Pan eucarístico, no ya cada semana, sino cada mes!»

8. «Si alguno me dijere—argumenta el Padre Salmeron—«¿por qué comulgas, hallándose tu alma viva por la gracia?»—le respondería con esta otra pregunta: «Si tú vives, ¿por qué comes?»—Dirás que para no perder la vida.—Pues de igual manera yo me alimento del Pan de los ángeles, para no perder la gracia, que es la vida del alma. Así como á una lámpara encendida se la provee diariamente de óleo para que no se extinga, así también nuestra alma necesita ser proveída cada día con el manjar eucarístico para que no se extinga en ella la caridad, sino que más bien se acreciente y perfeccione.» Mucho conviene que seamos como lámparas del santuario.

San Basilio está, si cabe, aún más expresivo; dice así: «Comulgar diariamente y hacerse partícipe del Cuerpo y de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, es bueno y útil, porque El mismo dijo: *El que come mi carne tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día... El que come mi carne, en mi mora, y yo en él... El que me come, vivirá por mí.* (Joann., VI, 55 á 59.) Por consiguiente, comulgar con frecuencia no es otra cosa que vivir para el cielo, vivir incorporado á Jesucristo y vivir de su propia vida (1). Privarnos de la Comunión es perder la mejor de las vidas.

San Pedro Crisólogo recomendaba con insistencia la frecuente Comunión, deseando que este sagrado Pan fuese el alimento *diario* de todos los cristianos. (En su *Vida*.)

9. Sobre este punto nada hallamos más expresivo que las exhortaciones de San Francisco de Sales á su Filotea. Dícela el Santo: «Si acaso te preguntan los mundanos por qué comulgas

(1) S. Basil., *in epist. ad Patritiam, de Communione.*

tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificar de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias y para tener consuelo en tus aflicciones y apoyo en tus flaquezas; diles qué dos especies de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque como están bien dispuestos, quedarían muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfección, y los imperfectos para tener justo derecho de aspirar á ella; los fuertes para no debilitarse, y los débiles para fortalecerse; los enfermos para alcanzar la salud, y los sanos para no enfermar, y que así tú, como imperfecta, débil y enferma, necesitas comulgar con frecuencia para buscar perfección, fuerzas y médico divino. Diles que los que se hallan sin muchos negocios mundanos, deben comulgar frecuentemente, porque tienen comodidad para ello, y los que están entre muchos negocios del mundo también deben comulgar con frecuencia, porque tienen necesidad. Diles, finalmente, que recibes este Sacramento para aprender á recibirle bien, pues que nadie hace bien una cosa en que no se ejercita mucho.

»Comulga frecuentemente, Filotea, y cuanto más frecuentemente puedas, con el dictamen de tu padre espiritual; créeme, pues así como en nuestras montañas las liebres en el invierno se vuelven blancas, porque ni ven ni comen otra cosa más que nieve, así tú también te volverás hermosa, buena y pura á fuerza de adorar y de comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este Santo Sacramento.» (*Vida devota*, p. II, cap. XXI.)

10. Si de las exhortaciones de los Santos y Doctores de la Iglesia descendemos á considerar sus ejemplos, hallaremos que todos ellos han deseado recibir con frecuencia la divina Eucaristía, y que de ella han sacado su santidad y su perfección, bastando citar á la santa Madre Teresa de Jesús, la cual, autorizada por excelentísimos varones, eminentes en santidad y letras, comulgaba diariamente; siendo mucho de notar que el mismo Dios mostró complacerse en ello, pues hallándose la Santa mañana y tarde en estado continuo de vómito, por la debilidad de su estómago, cesaba toda molestia por la mañana para poder gozar de las delicias de la Comunión sagrada. (*Vida de la Santa*, lib. IV, cap. XII.)

No hay, pues, necesidad de aducir más testimonios ni más motivos para quedar evidenciadas la *conveniencia y utilidad de comulgar frecuentemente*, no ya cada mes ó cada semana, sino *cada día*. En esto no hay ni puede haber dudas, porque, según hemos declarado, *ese es el deseo de Jesucristo, así lo quiere la Iglesia, así lo encomiendan los doctores católicos, así lo han practicado los San-*

tos, y así lo continúan realizando las almas buenas, con gozo indecible de su corazón (1).

11. Queda pulverizado el necio error de los que se imaginan que con la Comunión frecuente se disminuye en nuestras almas la reverencia debida á Jesús sacramentado, y que la excesiva familiaridad engendra desestima de tan augusto misterio. La razón misma lo está mostrando, y no queremos omitirlo, porque es error trascendental en que caen muchos, por otra parte buenos cristianos, á saber: hay entre el trato de los hombres entre sí, y el trato de los hombres con Dios, esta diferencia: que cuanto más y más estrechamente conversamos con los hombres, tanto más conocemos sus defectos y nos penetramos de ellos, lo cual hace que disminuya en nosotros la estimación hacia sus personas; en sentido contrario, cuanto mayor sea la familiaridad que con Dios tengamos, tanto más descubrimos sus bondades é infinitas perfecciones, y por consiguiente tanto más acrece en nosotros la veneración y el amor hacia su majestad soberana. Y como en este mundo no hay ni puede haber unión más íntima, ni familiaridad mayor con Dios que la que se realiza en la digna recepción del Sacramento eucarístico, por eso, cuanto más frecuente sea la Comunión, tanto más nos enamoramos de su divino Ser y deseamos complacerle, y servirle, y adorarle, y tanto más se aumentan en nosotros las virtudes, la santidad, la perfección y los merecimientos. He aquí por qué el demonio y sus satélites forman tanto empeño en apartar á los fieles cristianos de la sagrada Comunión. ¡Guerra, pues, á esos tiranos de nuestras almas! Pero vengamos á lo más dificultoso en esta materia, que es lo que ahora diremos.

(1) Santa Catalina de Sena ardía en tan grandes deseos de unirse con su divino Esposo en la Comunión, que se debilitaba de un modo sensible, y parecía no tener otra vida que la de Jesús.

Santa Teresa experimentaba tan vivos y ardientes deseos de comulgar, que no hubiera hecho caso de rayos, ni de tempestades para ir á la sagrada Mesa.

Santa Catalina de Génova al acercarse al comulgatorio, tenía una santa impaciencia y una languidez de amor que la consumía.

El santo niño Estanislao de Kostka, con sus transportes de amor hacia la Santa Eucaristía, mereció comulgar de mano de los ángeles varias veces.

Santa Magdalena de Pazzis tenía desde la infancia tan ardiente deseo de recibir al Señor Sacramentado, que no pudiendo hacerlo en tan corta edad, se acercaba á su madre el día que ésta comulgaba, y no sabía separarse de ella, gozando de inefables delicias sólo con ponerse junto á los que habían tenido la dicha de alimentarse con manjar tan divino; y si entró en el monasterio fué porque sabía que las religiosas comulgaban allí todos los días. (Godescard: *Vidas de santos*.)